Grifo #37

A voz baja: *escrituras del yo*

Doce: «A veces se pasaba mal y a veces...»
Pamela Contreras

Una breve reflexión...
Panchulei

Mi primera clase de filosofía
Soledad Sanhueza

Inédito
Raúl Zurita

Comité Editorial
Gabriela Alburquenque
Loreto Frías
Ignacio Fuentes
Sebastián Ortiz
Danae Valenzuela

Comité Diseño
Romina Fica
Daniela Muñoz-Barros
Magela Roco
Josefa Pucher

Comité Difusión
Daniela Álvarez
Pamela Arancibia
Valeria Córdova
Josefina Frías
Trinidad Marshall
Luis Ortiz

Comité Producción
Constanza Opazo
Valeska Pizarro
Anto Riadi
Camila Villablanca

Dirección
Gabriela Alburquenque

Diseño
Dominique Lobos

Fotografías
Daniela Muñoz-Barros

Ilustraciones
Consuelo Huerta

Julio 2019
Santiago de Chile
Escuela de Literatura Creativa
Facultad de Comunicación y Letras
Universidad Diego Portales
Esta publicación es producto del trabajo realizado en el curso de Producción Editorial I, a cargo de la profesora de cátedra Paloma Domínguez y profesor asistente Gonzalo Meirelles.

Índice

6 **Mi vida, yo te qui...** | *Camila Chomalí*

8 **El *Big Data* del yo** | *Ricardo Martínez-Gamboa*

11 **La once** | *Romina Fica Franco*

12 **Eco de universos paralelos** | *Sebastián Ortiz*

14 **Contemplaciones sobre el amor** | *Josefina Frías*

16 **Eternamente adolescente** | *Paskual Ortiz*

18 **Mi primera clase de filosofía** | *Soledad Sanhueza*

20 **Doce: «A veces se pasaba mal y...»** | *Pamela Contreras*

24 **Dormitorio de niña** | *Fran Feuerhake*

26 **Vivir a través de las etiquetas** | *Valeria Córdova*

29 **CARTAS DESDE PAVÍA** | *Raúl Zurita*

30 **Nosotros** | *Sophie Scholz*

31 **Apatía** | *Francisca Lyon*

32 **the observer effect** | *Danae Valenzuela*

34 **La Lengua** | *Ernesto Estoner*

35 **Entrevista con Paloma Salas** | *Gabriela Alburquenque*

38 **Una breve reflexión en torno a viñetas...** | *Panchulei*

Biblionet@
Encuéntranos en el BLVD Alameda 333 Local 16
(A pasos del metro Universidad Católica)
De lunes a sábados de 11:00 a 20:00 hrs
BiblionetLibros
Biblionet_
+569 4866 3674

Editorial

El problema de la representación del yo y los límites del saber académico en la construcción del sujete componen un debate que pone en juego las identidades como algo fijo y preconcebido. El contraste entre quienes están en el centro de un discurso identitario y quienes están al margen de este es revelador. La representación del «yo» se muestra como una existencia que se resiste a su esencia. Es decir, existimos en la medida en que asumimos un «yo» cuyas propias experiencias construyen la posibilidad del habla y la escucha. Se produce un cortocircuito constante entre quienes creemos ser y quienes decimos ser. Pero ¿cómo vivir fuera del circuito de la mirada del otre?

A voz baja: escrituras del yo se hace cargo de las voces silenciosas mas no silenciadas, para llevarlas al espacio literario, artefacto central y, así, desmarginalizar la voz propia. Voces que, como relato íntimo, establecen un lugar enunciativo —desde el que hablamos, desde el que nos decimos ser— que no es tocado por la intervención ajena. La identidad como constructo, si nos apropiamos de distintas teorías del saber posmoderno que defienden la inexistencia de sujetes fijes en la sociedad, se determina en la medida en que consideramos la existencia como un relato de la experiencia. ***A voz baja...*** defiende esa construcción identitaria teniendo en consideración el resguardo de la voz propia, el respeto por la experiencia personal y los distintos tránsitos de vida que amplían el espacio literario como uno de contención a las voces que alteran los saberes al poder.

Nos posicionamos hoy en la contingencia testimonial que cruza realidad y discurso, deseando ampliar los bordes que abarca la literatura para darle lenguaje al silencio. Así, defendemos la escritura del yo que no se entorpece bajo el elitismo académico —que apunta a un estándar de representación cerrada, donde la visión del yo se hace borrosa— para buscar los espacios escondidos del habla en su forma más pura, más íntima, desafiando así las estructuras de los códigos academicistas y también de los códigos editoriales.

A voz baja... es la descentralización del saber literario. El reconocimiento del lugar propio motiva esta edición a explorar las posibilidades de representación y ausencia. Debemos mirarlas de frente y utilizar su potencial democratizador para ser críticos y permitirnos renovar la academia a la cual pertenecemos y por la que orgullosamente nos responsabilizamos.

Camila Chomalí

Mi vida, yo te qui...

«Porque tú no te vistes de payaso
Porque tú no te compras ni te vendes
Porque hablas la lengua de la tierra...»
N.P.

A las Palomas ausentes

Había una anciana. Una vieja que recitaba versos sueltos y se sabía los cuentos de memoria. *Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina escuchando los cuentos de la vieja Paulina*, repetía. Una vieja de esas que se preparaban después de ver los arreboles de color amarillo. Que algo iba a pasar, decía. Y no eran las nubes bajas, la garúa, el cielo casi negro. Un gavilán posado en la última rama del árbol a lo lejos. Imposible, abuela. Pero ahí venían los gavilanes, cientos de ellos, y nadie lo predijo porque eran tenebrosamente silenciosos. *Se escuchaba, a lo lejos, ese rumor de pena que sollozan las olas al morir en la arena,* repetía. La anciana corrió, sacó de un mueble viejo unos discos empolvados y se dirigió al jardín (el suelo estaba lleno de damascos pisados). Aró con sus manos la tierra por última vez y dicen que allí dejó escondido uno de los discos de la Violeta Parra, que escuchaba su hermana diez años mayor que ella. Sí, los gavilanes se la llevaron y en el jardín quedó enterrada la Violeta Parra. Allí, en la tierra mojada, bañada por la garúa con languidez.

***

Dicen que su hermana, ya de vieja, se hizo monja. Que tocaba la guitarra en el coro. Que rondaba sola por los pasillos del convento. Y que escondía otras partituras por entre las hojas devotas de sus cancioneros. Pero todo eso fue descubierto más tarde, cuando la niña abrió una funda y *cuatro palomos salieron volando del palomar.*

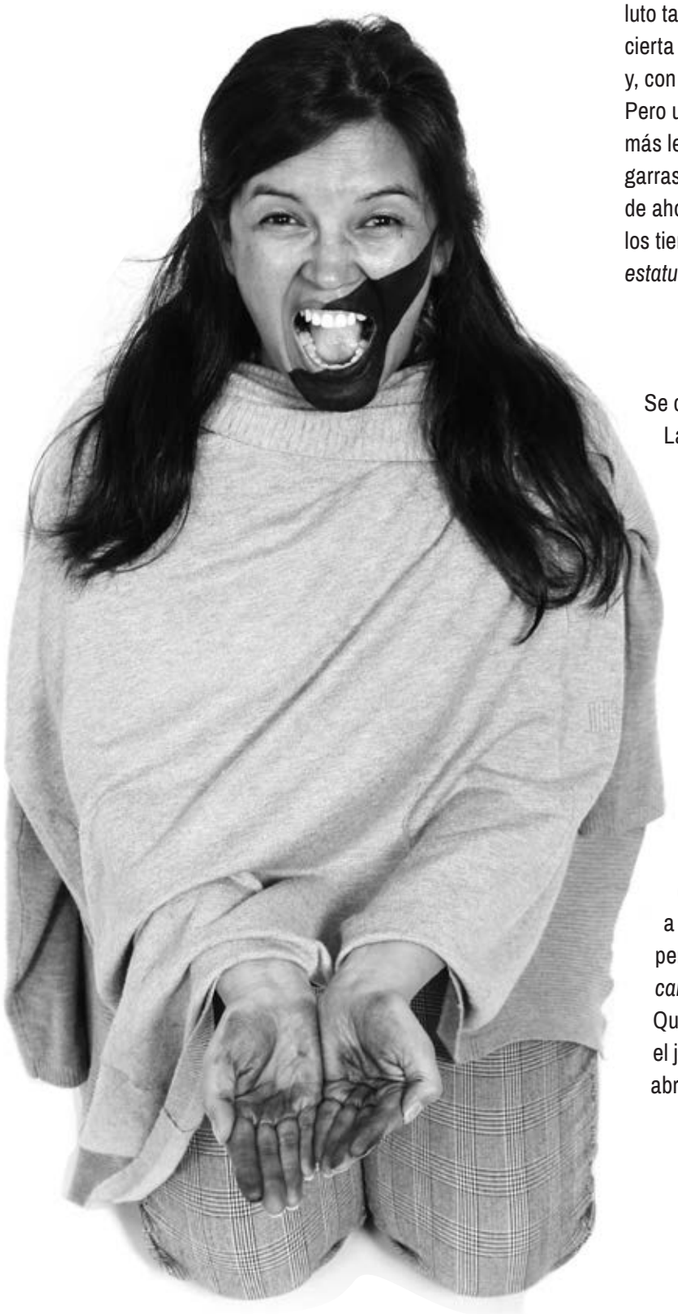
Las hojas revueltas de los cancioneros eran códigos lejanos. Pero la niña, medio jugando, medio en serio, los tradujo a su propio idioma. Su nueva muñeca de madera: *Ruidósica*. Claro que su favorita era la *mazúrquica modérnica,* porque no entendía nada. Le daba risa. Era un simple juego, una especie de gerigoncio. *Tengo flojérica en los zapáticos*, mamítica.

Uno de esos días, en una plaza, calles más abajo, una compañía de teatro itinerante trajo una marioneta pequeña, de cabellera negra y larga. La niña nunca había visto una. Inclinó su cabeza, curiosa y la marioneta lo hizo también. Era igual a ella, pensó. Se movía como ella. La marioneta miró su entorno y se percató de la presencia de un perro. Lo acarició con sus manitos de madera. *¿Te fijaste que el perro era un muñeco también?* No se había fijado. *¡Maleza!* Gritaron unos hombres de negro. La marioneta se puso a llorar. El perro le lamió la cara. Un hombre borracho entró por la puerta y dejó en el suelo un estuche con forma de guitarra. La marioneta y el perro se acercaron. Con cuidado, la marioneta sacó del estuche una guitarra de palo. Le tocó las cuerdas, la roseta, una clavija. Se asomó por la abertura y emitió un ruido suave. El perro, asustado por el eco, se escondió en su espalda. De repente, la marioneta, que ya había dejado de serlo ante los ojos de la niña, se montó en el mástil y la guitarra salió volando por los aires. El perro la miró mientras ladraba. Más tarde supo que se trataba de la Violeta Parra. Mucho más tarde.

***

De un balazo.
Descubrió los rumores de una supuesta carta de despedida. Sangrienta. Enrabiada. Sin quererlo, había dejado de tocar sus temas. Quizás fue su manera inconsciente de

De repente, la marioneta, que ya había dejado de serlo ante los ojos de la niña, se montó en el mástil y la guitarra salió volando por los aires. El perro la miró mientras ladraba.



luto tardío. De pronto, su figura se perdía en la lejanía con cierta extrañeza. Dedicó sus cuerdas a otras canciones y, con el tiempo, dedicó sus dedos a otros oficios. Pero un gavilán se posó en la última rama del árbol más lejos. Vio cientos de gavilanes atacar con sus garras ásperas y punzantes. *Injusticias de siglos*, de ahora, de siempre: Violeta se mata en todos los tiempos, quizás. Lo maldigo, dijo, *maldigo los estatutos del tiempo, con* todos *sus bochornos*...

***

Se caía una hoja amarilla haciendo traspiés en el aire. La penúltima anticueca. *Estaba tan bien y de repente, una notita...* caía la hoja amarilla, inútil, al suelo rojo, naranjo, pegoteado. En eso se quedó, pero se le hizo tarde. Anochecía. Tomó una micro y se fue mirando al otoño en la punta de los árboles camino al cerro. Cuando llegó, saludó a las cantoras con un gesto. Ya entonaban la cueca del *palomo ingrato,* junto a los golpes del tormento. Entonces, para no molestar, salió y se quedó en la plaza de enfrente. Un poco más abajo (harto más abajo) se veían los trazos de luz que empezaban a dejar los barcos en el agua. *Se escuchaba, a lo lejos, ese rumor de pena que sollozan las olas al morir en la arena,* recordó. Se sentó de espaldas al mural de la Violeta Parra, donde a veces ensayaban en el verano. Y allí se quedó pensando en los damascos, en los gavilanes, en las *canciónicas agitadóricas* y otras cosas bajo tierra. Qué rápido crece un árbol, de un disco enterrado en el jardín. Y qué rápido cae la noche, piensa, mientras abre su funda, pero, mira, *Aquí está la misma Luna*...

Ricardo Martínez-Gamboa

El *Big Data* del yo

Pasamos gran parte del día y de la existencia así, entregándole datos de nuestra vida a Internet: a *Facebook*, a *Google Maps*, incluso a las mismas compañías telefónicas o al *Redbanc*. Nos tienen rodeadas y rodeados, saben todo de nuestras vidas para usarlo comercialmente.

Todas las mañanas a eso de las seis, cuando me empiezo a levantar para ir a buscar a mis niños —la Carlota y el Pelayo— para llevarlos al colegio, y antes casi de empezar a desperezarme, tomo mi *smartphone* y veo que *Facebook* me muestra «Tus Recuerdos». Memes de hace cinco años (mucho *Forever Alone*), *status* que no tengo idea de en qué circunstancias se me ocurrieron, fotos con la familia, amigos que hice en esa fecha hace una década, videos de *YouTube* compartidos quizá en qué condiciones.

Todos los meses, como por estas mismas fechas del mes, me llega un mail de *Google* mostrándome mis recorridos por Santiago en un mapamundi. Me indica en qué fecha salí de Chile, cuál fue ese restorán en la Ruta 68 donde un par de viernes paré a almorzar, cuántos kilómetros anduve y por qué calles como profesor-taxi.

Cuando en 2016 estuve en Barcelona, *Facebook* sabía que estaba en Barcelona: me ofreció meterme a un buscador de trabajo en la ciudad, añadirme a la *Wi-Fi* de *Jazztel* y hasta comprar un auto *Smart* pagadero a 36 cuotas, e incluso políticamente (el escándalo de *Cambridge Analytica* y el Brexit y Trump). Da como para asustarse.

Pero en realidad quiero verlo de otra manera.

Este año cumplo, en un par de meses, cincuenta años. Y he tratado de ir armando una especie de biografía vital (la lista del *Top 5* de momentos que he tenido la suerte de vivir) y cultural (mis 50 libros preferidos, mis 50 películas favoritas).

Y es increíble la cantidad de cosas que se pueden hacer con esos mismos datos (*Big Data*) que nos da tanto miedo entregarles a las empresas o al gobierno.

Autoetnografías

La lista, sin embargo, que más me ha costado y la que más he amado hacer es la lista de «la música de mi vida». Empecé a facturarla hace más de diez meses. Primero se llamó *50 canciones para 50 años*. Luego me di cuenta de que no me alcanzaba con esa cifra, así es que la empecé a expandir. Y se expandió y expandió, hasta que llegué a 304 canciones (¡ni siquiera pude redondear en 300!). Mientras pensaba en las canciones que más me habían provocado, convocado, conmovido —en las canciones que más han escrito mi historia—, fui descubriendo algo. Hoy tenemos, como decía más arriba, muchos rastros o «huellas digitales» de lo que hemos hecho en los últimos veinte años. Están los mails que hemos enviado, nuestras listas de *Spotify*, los recuerdos de *Facebook*. Están textos alojados en carpetas que se llaman «Disco Duro Antiguo», que bien podría haber sido un disco duro de 50 Mb de 1998. Está el rastro que dejamos en *Audioscrobbler* —ahora llamado *Last.fm*—, un servicio que recogía todas las canciones que escuchabas en *Winamp* en, no sé, 2005, y que todavía se puede descargar desde una página llamada *lastfm-to-csv*.

Bueno, la cosa es que empecé a rastrear en todos esos registros: revisé mis listas de más escuchados en *Spotify*, las listas de *Last.fm*, los mails en que escribía «canción» desde 2004, viejas torres de CD de 100 discos, todos mis estados de *Facebook* en que compartía canciones.

Y lo que descubrí es que este proceso se llama «autoetnografía», un área de los estudios cualitativos en que una persona empieza a hacer un registro de su experiencia y vida en alguna situación —que puede ser la vida misma— y que fue «inventada» por una mujer: Carolyn Ellis de la *University of South Florida*.

Ella propone que, al hacer este tipo de rastreo:

> *Los trabajos autoetnográficos pueden incluir memoria dramática, expresiones inusuales y metáforas fuertes para invitar al lector o lectora a «revivir» eventos con la autora. En ellos, se hace entender y sentir con una historia, se buscan detalles concretos, narraciones estructuralmente complejas, el intento del autor(a) por excavar en lo superficial para alcanzar la ***vulnerabilidad y la honestidad*** y, finalmente, un estándar de autoconciencia y una historia conmovedora (Ellis 253-254).*

He revisado mi lista de canciones autobiográficas/autoetnográficas con muchos amigos y amigas en estos meses y la he reestudiado para entenderla más. Incluso he tratado de ver categorías en la lista. Por ejemplo, por número de canciones, el equilibrio de la lista es la siguiente (en categorías de «cajón de sastre»):

- Música de los años 80 - 55 temas
- Clásicos AM - 41 temas
- Indiepop - 26 temas
- Canción de Protesta - 21 temas
- Música de los años 90 - 18 temas
- Música Alternativa - 18 temas
- Bandas sonoras de Cine y TV - 18 temas
- Música de los años 2000 - 14 temas
- Goofy Songs (Balada Romántica Anglosajona) - 14 temas
- Música de los años 70 - 14 temas
- Música de los años 60 - 13 temas
- Rock Progresivo - 11 temas
- Punk - 11 temas
- Música Selecta (a veces llamada «Clásica») - 7 temas
- New Age - 6 temas
- Música del Brasil (MPB) - 5 temas
- Metal - 5 temas
- Tango - 4 temas
- Música de Misa - 2 temas

La lista, sin embargo, que más me ha costado y la que más he amado hacer es la lista de «la música de mi vida». Empecé a facturarla hace más de diez meses.

Hacer un ejercicio como ese ayuda sobremanera a revisar la propia vida: con sus claroscuros, con sus epifanías, con su vitalidad o tristeza. Algo que hubiera sido casi imposible hace, no sé, 35 años.

La vida actual, mediada por los computadores, es una huella. Y recaminar los senderos de esa huella abren y dan nuevas luces sobre la experiencia propia y la identidad.

¡Las invito y los invito a hacer sus propias listas (de música o de amores o de infortunios)! Rebusquen en CDs viejos, en antiguos mails, en fotos *polaroids* olvidadas en el estante, en la memoria física y digital: se encontrarán con una sorpresa.

Les dejo, por último, mi *Top 20*, mis veinte canciones más adoradas según la autoetnografía que hice de mis registros digitales y materiales.

Ella dice más de mí que casi cualquier cosa que pueda compartir en una revista como esta:

1. Don Henley - The Boys of Summer
2. ABBA - Super Trouper
3. The Go-Go's - Vacation
4. Mike Oldfield - Moonlight Shadow
5. Gianni Togni - Luna
6. Phil Oakey & Giorgio Moroder - Together in Electric Dreams
7. Belle & Sebastian - Sleep the Clock Around - Radio Session
8. La Casa Azul - Terry, Peter y Yo
9. The Beatles - Eleanor Rigby
10. The Byrds - Mr. Tambourine Man
11. R.E.M. - It's the End of the World as We Know It (and I Feel Fine)
12. The Smiths - Cemetry Gates
13. Las Ligas Menores - Fin de Año
14. Cheap Trick - Surrender
15. Toto - Africa
16. Simple Minds - Don't You (Forget about Me)
17. Iron Maiden - Aces High (Live)
18. Joan Manuel Serrat - Mediterráneo
19. Silvio Rodríguez - El Mayor
20. Johann Pachelbel - Canon en Re

Lista completa

Romina Fica Franco

La once

Si tuviera que definir a mi familia diría que nos gusta el cahuín. Es lo nuestro. En la tarde, al tomar once, es cuando más se suelta la lengua. De las cientos de historias que he escuchado hay una que destaca por sobre las otras.

Todavía no me la sé completa. A lo largo de los años he ido recolectando los pedazos que mi abuelo arroja entre cada mordida que da a su marraqueta con mantequilla.

Esta historia no es sobre él, sino sobre su padre, Carlos. Nunca lo conocí muy bien y nos vimos poco. Murió en el año 2009. A mi familia no se le ocurrió mejor idea que colocar parte de mi discurso de despedida en la placa de su sepultura. Son palabras que me gustaría que se perdieran en el tiempo. Lo que sí no me gustaría que se perdiera es la historia de mi bisabuelo y N.R.

Todos conocen a N.R. Es una afirmación potente, pero supe que era alguien conocido cuando vi su nombre en un libro que leyó el protagonista de *How I met your mother*. Muchos lo deben conocer por otro nombre. Nos suelen enseñar sobre él en el colegio. Para mí solo era un personaje más dentro del libro de lenguaje, pero esto cambió cuando escuché a mi abuelo pronunciar su nombre. Las primeras veces que lo mencionó no le creí, así que no le presté mucha atención a su cuento de la relación de N.R. con el abuelo Carlos. Pero la sed de cahuín es grande, por lo que comencé a sentarme a la mesa a escuchar la historia.

Se dice que mi bisabuelo y N.R. se conocieron mientras construían vías de tren por el sur. En un primer relato eran compañeros de trabajo. En onces posteriores añaden que eran amigos. En conclusión, nunca sabré si toda la historia es real, pero es algo divertido que contar.

En aquella época el abuelo Carlos y sus compañeros, incluyendo N.R., solían almorzar juntos. A N.R. le gustaba el vino. A veces bajo el efecto del brebaje, se dedicaba a recitar en voz alta cosas que ni mi abuelo ni los demás trabajadores entendían. Se reían de él. Ninguno esperaba llegar muy lejos en la vida. La gente del sur suele quedarse en el sur.

N.R. persistía, supongo que en busca de algo más allá de los trenes y sus vías. Lo veían escribir en las servilletas que encontraba por ahí, sucias o limpias. No le importaba cuando le llegaba la inspiración.

Un día marcó un cambio en la rutina. N.R. estaba decidido a irse a Santiago. Pensó que mi bisabuelo lo podría ayudar. Le tenía confianza, porque al parecer se habían vuelto cercanos participando en el mismo partido político. Le pidió dinero sin contarle muchos detalles y mi bisabuelo aceptó. No había por qué desconfiar, era un compañero de trabajo y del partido. Tal vez le iría bien y se lo devolvería pronto.

Desde el día que N.R. se fue, mi bisabuelo no supo más de él, solo de P.N. Nunca volvió N.R. Hay más historias que podría contar, pero esas historias son para otra once y ya se acabó el té.

Sebastián Ortiz

Eco de universos paralelos

La identidad secreta es la hidratación necesaria para mis jaquecas metropolitanas. El poeta es un prófugo de la definición y la poesía un recuerdo presentimental. La sociedad es un complejo penitenciario material, pero efímero.

Las identidades secretas, como los poetas, son inherentemente melancólicas. Al igual que las identidades secretas, los poetas nunca tienen sentido, pero sí que tienen una finalidad. Por eso la poesía debe mantenerse indefinible, como un eco de dimensiones paralelas; sonando como suena un trueno en el silencio de dos personas que se quieren, pero solo conversan bajo una tormenta.

Creo que Internet es un continente virtual tan oscuro como América en sus mapas más recientes. Sin duda, allí se encuentra el bosque más grande y fértil del mundo, el desierto más árido, y los Andes, nuestro intento de llegar al cielo. Todo esto pasa inadvertido para quien se queda en el viejo continente. Algunas localidades del ciberespacio se oscurecen como América con sus formas caóticas. Están llenas de identidades indefinidas y anónimas, tan difusas y difíciles de palpar como la camanchaca. En estos espacios virtuales se anhela aquel lugar donde Winston Smith de *1984* escribía sin ser filmado por el hermanito grande, actualmente llamado *Five Eyes*. La relación de Winston con la escritura florece cuando se realiza fuera del trabajo y libre de las murallas que son las condiciones sociales de lo tangible.

Los poetas hoy están tan fuera de la república que no les urge ser ciudadanos identificables con nombre y carné de identidad. Según mis investigaciones patafísicas, creo que la mejor clase de poesía se encuentra fuera de las redes sociales, fuera de la definición metafórica de la identidad, fuera del acceso a la comunicación virtual mediante cuentas y registros.

Los escritores anteriores a la comunicación virtual, después de dejar el texto en remojo y de cabecera, solo decidían si compartir o no su hojita de papel con alguien más que escribiera. Hoy la pregunta es si se puede o no postear algo públicamente. La publicación se da por supuesta. La escritura virtual se concibe, cognitivamente, como siamés del pensamiento. La inmediatez de la comunicación actual demanda la indefinición de la anonimidad. ¿Cómo podrían todas estas comunicaciones tener nombre y apellido si mi cerebro no se llama como yo me llamo? ¿Cómo podría sentirme cómodo si la mayoría de mi actividad virtual está definida por lo que esperan de mí, de mi identidad, de quien «soy»? ¿Por qué me iba a delimitar con un manojo de cuentas?

Porque *Je est un autre*. Porque lo material es uno, pero yo soy otro. Y yo soy otro. Y yo soy otro… Hay otro yo que jamás escribirá todo lo que tiene que decir. Yo no dudo de la capacidad del otro para racionalizar sus pensamientos, pero él si duda de la mía. Por eso se esconde en los rincones de mis venas cuando no es él quien ejercita la voluntad. Es que hasta yo mismo, que escribo ahora, dudo de mi poder para desglosárselo a las abejas. En cambio, yo nunca podría dudar de la capacidad de aquel que escribe los ensayos y las cartas por mí.

Él sale a jugar en la noche porque los días no son lo bastante claros. Es algo tan oscuro como una consciencia repleta de pensamientos e historias, tan privado como la luz del cuásar callada tras un hoyo negro. Ese mismo es el que toma posesión de mi sistema nervioso cuando mis ojos reflejan un simulacro. El otro yo me deja sus huellas extravagantes sobre el cielo de mi cotidianidad: juega ajedreces excesivos en el estrellato de Andrómeda, la galaxia que chocará eventualmente con nuestra Vía Láctea. Como si se tratara del himno a un árbol que tarareó de día, vivo como un perro que sigue corriendo tras ciertos autos sin saber porqué.

Es como si se tratara de un sueño que sumerge todos los pensamientos, una visión que de repente consume toda la energía disponible. Hay algo que me hace sentir oriundo de un país infinitamente lejano. Una id-entidad tan inexplicable como un desastre natural. Hay ciertas cosas que solo pueden ser percibidas como recordatorios de algo impreciso. Ciertos registros que son accesibles solo a través del recuerdo de aquello que se quiere decir. Eso que al día siguiente me deja tan transparente y frágil como un espejo sumergido en ese abismo de mar nebuloso e innombrable. Esta otra voz intrusa que nombra todo esto, pero que no tiene pitos que tocar bajo el agua, de a poco se fue apoderando de mis sueños. Y mis sueños se volvieron tan rutinarios como la vida que provocó las identidades secretas en primer lugar.

No queda otra que volver a la superficie, a esperar que mis agallas abisales se conviertan en un pulmón adicional que fabrique segundos alientos constantes. Pero ese otro, este mismo que escribe ahora, metió las narices en la identidad que mantengo secreta escribiendo este texto.

Hay algo que me hace sentir oriundo de un país infinitamente lejano. Una id-entidad tan inexplicable como un desastre natural.

Josefina Frías

Contemplaciones sobre el amor

Hoy no hay tiempo para quedarse en el malestar. Se espera de mí que no me deje herir, que no muestre tristeza, que siga adelante. Yo me detuve a mitad de camino, y aquí sigo, pausada en el instante del postamor, sin olvidar todavía y tan cerca de avanzar. Esta es una fotografía del lugar en que me encuentro.

Todavía mantengo ciertas costumbres: el quejarme sola poniendo una mueca infantil, como si alguien fuera a responder con una risa amorosa o un gesto que solo yo entendería. Me gusta esa *performance*: el que todo movimiento tenga un comentario; cada gesto un público que aplaude la hazaña ridícula, el intento de enamorar al otro siendo una misma en su más primitiva expresión.

Jamás entenderé cómo es posible que el amor deje de pertenecernos de un día para otro. Tengo un ejemplo: yo seguía en *Instagram* páginas de ilustraciones sobre el amor, con fotos, dibujos eróticos, ideas para regalos, ese tipo de cosas.

Cuando terminé mi relación, me chocó con cierta violencia la idea de que ya no era una consumidora ideal para ese tipo de contenido.

El amor ¿nos corresponde si no tenemos a quién expresárselo? Si es universal, ¿por qué siento que esa palabra no me pertenece —y siento vergüenza—, cuando antes era una parte tan importante de mi vida?

Julio

Ya no aparezco en tus fotos. Ya no comentamos corazones. No puedo alegrarme por ti aunque te vea feliz, no tengo voz, no tengo derecho… Recibo estas piezas de tu vida y pretendo ignorarlas.

Por ese tiempo, me invadía una sensación de falsedad, sobre todo cuando revisaba las redes sociales. Mi vida privada había cobrado más relevancia que mi vida pública, pero ni yo ni él íbamos a exponer nuestra pena. En cambio, publicábamos paisajes. Mientras estábamos de viaje, a pocas horas de distancia, yo intentaba descifrar sus descripciones, como si adivinar su soledad reconstruyera el diálogo roto. Yo apenas publiqué sobre mi viaje porque era estúpido sonreír frente a la Plaza San Marcos.

Fue fácil reconocer que me había vuelto adicta a la atención, a obtener una respuesta en cualquier momento, a comentar un instante para volverlo significativo y así recordar que existo porque hay alguien escuchándome. Con cuánto egoísmo nos celebramos constantemente; supongo que el estar enamorados nos enamora de nosotros mismos también. Lo difícil fue volver a conversar conmigo misma a la espera del metro o caminar sin que mi mente buscara con quién rellenar el silencio. Lo difícil fue aceptar que soy protagonista y público de mí misma.

Lo difícil fue volver a conversar conmigo misma a la espera del metro o caminar sin que mi mente buscara con quién rellenar el silencio.

Octubre

Me hallo en la penumbra. Solo la luz blanca del computador existe; revela el tono de la noche. Hace poco solo veía las sombras, enfrentaba mi soledad desde el vacío y la pausa. Al borde de la cama, húmeda, desnuda, el silencio no era tan filoso como el deseo.

Si tan solo pudiera devorarme a mí misma.

Después de terminar con G, esto ya hace varios meses, seguía sintiéndome atractiva, pero ya no tenía con quién compartirme. Adelgacé, quizás por la pena, aunque seguía comiendo igual que antes. Al verme en el espejo me daba cuenta de que ahora soy la única testigo de mi desnudez. Quizás mi cuerpo se sabe abandonada.

Sentí, ante todo, que había perdido mi identidad sexual. Entonces, me compré un *dildo* para recuperar lo que era mío. Sin embargo, ese pene plástico representó un fracaso, una ausencia. Una amiga me decía que no tener pareja la hacía sentir más libre, sin necesidad de preocuparse por la complacencia de otro ni tener que ajustar su placer al de él. Sus ojos brillaban como si contuvieran una verdad que yo no podía reconocer. Ahora que volvía a masturbarme, mi cuerpo se rehusaba a hablarme, tan acostumbrado a dejarse adivinar por otro, tan cómodo en su narcisismo sexual.

Noviembre

Antes, la soledad la pasaba con un cigarro en la terraza del campus. Todas las noches la luz del hall estaba encendida e iluminaba desde adentro las sillas y los árboles. La gente conversaba al interior, afuera hacía frío. Los cigarros australianos se consumen rápido.

Aquí, en mi terraza chilena, también con un cigarro, escucho unos perros ladrar a lo lejos y la música de una fiesta a la que no estoy invitada.

La antigua Josefina siempre tenía un panorama, siempre estaba acompañada a menos que no lo quisiera. Llegaba a mi casa sin idea de cómo soportar el resto del día. Ahora me sobraban horas y la mejor opción para gastarlas era dormir. Recurrí a mis amigas al comienzo en una búsqueda desesperada de distracción y energía. Un día a la vez, pensaba, dándome ánimos.

La vulnerabilidad puede resultar demasiado pesada y notoria como para andarla trayendo a la vista. Una normalmente la esconde porque la depresión incomoda y decepciona al resto. Todos esperan que sigamos adelante, que olvidemos, y mientras antes, mejor.

No me esforcé en fingir frente a mis amigas. Ese espacio que al principio fue un mero reemplazo creció con más fuerza y honestidad. Me tomó tiempo aprender a amar a mis amigas como lo hago ahora, y darme cuenta de que podría vivir de su amistad del mismo modo en que viví antes de otro tipo de amor.

Abril

Cambié mi apariencia y me corté la chasquilla yo misma. No lo hice «porque necesitase un cambio», lo hice por pura vanidad.

A veces tengo sentimientos contrarios a la esperada liberación: Si nos encontráramos en algún lugar, ¿me reconocerías?

Siento algo como decepción cuando pienso que este nuevo rostro delata un cambio. Significa que he avanzado. Me siento culpable de olvidarnos, aunque sé que no le debo nada. Me debo a mí misma esta contemplación.

Paskual Ortiz

Eternamente adolescente

Me aislé en la música, el ejercicio y los videojuegos. A propósito, o no, pero con esto me sentí más solo aún. Nadie escuchaba la misma música que yo, nadie jugaba lo mismo que yo. No importaba, porque sabía que nunca iba a recuperar esos momentos de infancia en donde no me sentía solo.

No me gusta celebrar mi cumpleaños. Siempre algo sucede y queda la cagada. Creo que el último fue el año 2006 o 2007, pero en ese entonces yo no sabía por qué celebrábamos, si siempre me la pasaba con amigos o en casa de alguno. ¿Qué hacía este día distinto? Mis cumpleaños favoritos eran cuando me dejaban faltar al colegio. Me quedaba en casa comiendo torta y abriendo los regalos que mi abuela y mi tía enviaban: tarjetas, monedas y raspes. Ellas sabían que me gustaban las monedas porque quería ser taxista.

En esos años varias cosas cambiaron: mis viejos se separaron, falleció mi abuela, me cambié de colegio. Todo cambió. La primera vez con ganas de no existir, los primeros tatuajes internos. Nunca más celebré un cumpleaños, ya no tenía amigos, ya no recibía monedas. Después de perder a mis amigos de infancia, socializar me fue muy difícil. Cambiarme de colegio y saber que no iba a conocer a otros como ellos fue la causa principal. Comencé a percatarme de lo que hablaban otros adolescentes. Eran machistas, heteronormados, banales. Me aburrían. Más que eso, me enojaban. No me sentía parte del grupo, pero tampoco quería ser parte de ellos. Me sentía a gusto siendo yo.

Comencé a juntarme con extraños. Mis primeros carretes, mi primera vez ebrio. Nunca más volví a tomar vodka con jugo de naranja. Los primeros pitos, el primer gusto a las drogas.

Comencé a juntarme con extraños. Mis primeros carretes, mi primera vez ebrio. Nunca más volví a tomar vodka con jugo de naranja. Los primeros pitos, el primer gusto a las drogas. Ya no eran extraños, pero no podía parar de preguntarme: ¿son amigos?

Estos últimos años todo ha cambiado. Entré a la U y conocí amigues con falta de sueño y serotonina, con ganas de comer de la fruta prohibida. Ansiosos. Me sentí en sintonía, como si estuviera en el lugar correcto.

Me puse en contacto con amigos de la infancia, con la esperanza de que sintieran lo mismo que yo, de que quisieran juntarse y pretender que nunca dejamos de hablar. Soñaba. La realidad fue que ya nadie quería nada. Había pasado mucho tiempo. Dicen que nunca es tarde, y espero que todes lo crean.

Pasa lo inevitable: mis *besties* se van por cosas de la vida. No hay culpa ni rencor, solo queda la melancolía, los recuerdos de todas las veces que fui feliz junto a ellos. La misma emoción de hace diez años.

La impotencia de querer volver al pasado, de no poder soltar las emociones y memorias. El síndrome de Peter Pan. Aún pienso en todas esas veces que hicimos rin raja, en mi abuela y en los *milkshake* de chocolate, en mi viejo y todas las veces que me ha llevado al cine, en los vómitos dentro del cajón, los bajones. Aún recuerdo todas esas veces en las que lloré. Vuelvo y repaso, pensando qué podría haber hecho para mantener la amistad.

Soledad Sanhueza

Mi primera clase de filosofía

¿Quién va a asistir a una universidad solo para aprender si este aprendizaje va a costar millones? Toda persona que ingresa a la universidad (yo incluida) aspira a una retribución monetaria comparable a la inversión hecha en tiempo, en trabajo y en dinero.

Hace siete años hago clases de teoría o filosofía en cursos de formación general, en un par de universidades. Esos cursos se dictan con la finalidad de que los estudiantes tengan un bagaje cultural que muestre que han estado en la universidad. La raíz de esta palabra es latina, *universus*, de ahí que la universidad aspire a ser un espacio donde tienen lugar todas las áreas y la diversidad del conocimiento*.

Esta noción de universidad está olvidada en el mismo espacio universitario. Nos hace olvidarlo la visión solo profesionalizante de las carreras, el alto valor de estas mismas y el hecho de que se paguen del bolsillo familiar, lo que obliga a acelerar los procesos y a simplificar el acto de aprender.

Frente a esta realidad, la palabra *universus* no logra explicar *este* espacio universitario. Y las preguntas *¿para qué me sirve este curso?* o *¿para qué voy a ocupar esos contenidos?* son esperables. Tanto así que he aprendido a hacerme cargo de ellas al inicio de los cursos, quizá poniéndome el parche antes de la herida y evitando que me tome por sorpresa que algún día un estudiante me pregunte *¿por qué hay un curso de filosofía en esta carrera?* y yo no sepa responder de una forma medianamente decente. La probabilidad de esa pregunta aumenta —al menos en mi cabeza— al momento de comenzar a leer textos densos y con un lenguaje muy poco amigable, así que he generado una estrategia de contención en la primera clase. Algo así como un «voh dale no más, si esto no puede ser tan difícil».

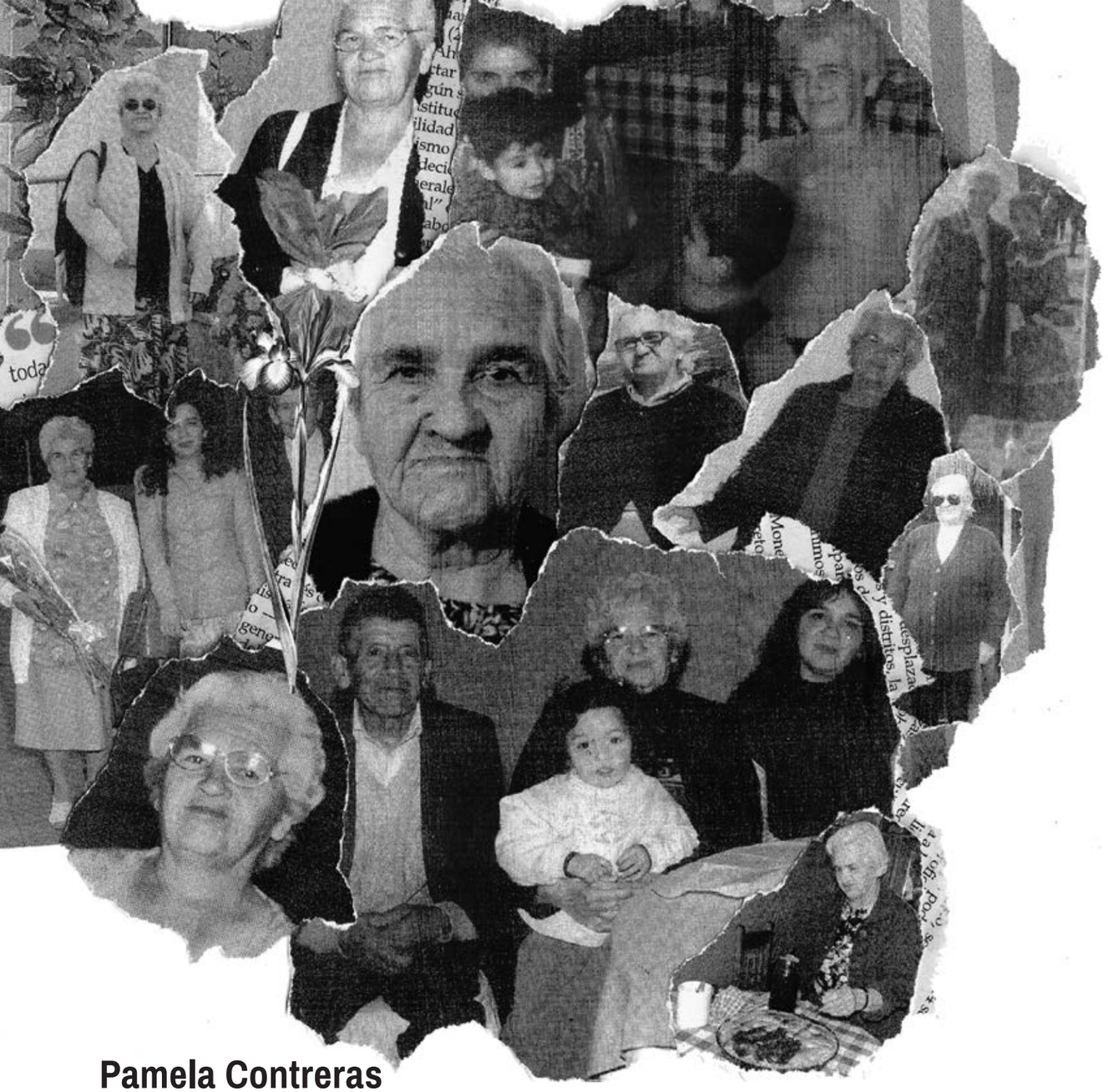
He aquí mi discurso inicial:

> Lo que vamos a leer en este curso es historia del pensamiento, y al final del curso ustedes se van a dar cuenta que todos los autores que hayamos leído creen que han descubierto la pólvora con sus ideas y que han superado a su antecesor. Y, también, que todos los autores creen que los demás autores están equivocados. Entonces, ¿cuál es la verdad respecto al ser humano? No lo sabemos. Pero, ¿por qué seguir haciendo una actividad que no genera ningún fruto?... La verdad es que tampoco lo sé, pero extrañamente lo hacemos.

En este punto los estudiantes dejan sus lápices y me miran con cara de *¿es broma?*, o con una sonrisa cómplice. Y ahí yo recurro a la experiencia de mi adolescencia (que supongo que todos los adolescentes han tenido) para explicar la actividad teorética. «¿Acaso, cuando eran más chicos y pedían permiso para ir a un carrete al adulto con quien vivieran, y les respondían con un tajante NO, ustedes no se iban frustrados a su pieza a preguntarse "¿qué es la libertad?", si eran o no libres teniendo en cuenta que no podían hacer lo que querían?». Algunos estudiantes sonríen y asienten, otros cuchichean con el compañero de al lado y ríen, otros mueven la cabeza negando. «¿Nunca se preguntaron si realmente estaban enamorados de aquella persona o si solo les gustaba, y de ahí derivaron en la clásica pregunta "¿qué es el amor?" Ya po' —les digo—, eso es filosofía. Ustedes hacían y hacen filosofía, pero sus ideas y las conclusiones a las que llegan no aparecen en los libros. En este curso vamos a leer autores que se hicieron el mismo estilo de preguntas, pero cuyo trabajo y vida fue responderlas, y que lograron forjar o interpretar nuestra cultura. No tienen para qué creerles, pero hay que leerlos». Nunca he sabido si esta primera clase tiene algún impacto positivo en los estudiantes o si resuelve la duda sobre por qué tener un curso de filosofía. Nunca lo he preguntado. Quizá esta sea la ocasión de hacerlo.

Frente a esta realidad, la palabra universus no logra explicar este espacio universitario. Y las preguntas ¿para qué me sirve este curso? o ¿para qué voy a ocupar esos contenidos? son esperables.

* Para profundizar, ver en Chuaqui, B. (2002) Acerca de la historia de las universidades. *Ars medica. Revista de ciencias médicas*, 2 (30).Disponible en https://arsmedica.cl/index.php/MED/article/view/314/245



Pamela Contreras

Doce: «A veces se pasaba mal y a veces se pasaba contento»

Nos sentamos, donde tantas veces la familia se reunió, estando ella siempre en el centro. Cuando decidí escribir sobre mi abuela fue por su imagen de matriarca. Una matriarca que hoy se encuentra con la mesa puesta pero sin asientos tomados. Solo queda la escucha.

La paredes del comedor están adornadas con fotografías. La mayoría de mis primos. En el centro hay una grande de un niño pequeño sonriendo. Otras corresponden a una niña con la mirada asustada, perdida. Son pocas las fotos en las que aparecen mis tíos y solo hay una de mi abuelo junto a ella de cuando eran jóvenes. Entre el resto de las fotos estoy yo.

Se acomoda los lentes, me mira y sonríe. Me pierdo en sus manos, se las frota continuamente y desde ellas se desprende otro relato:

Mi nombre es Elvira del Carmen Contreras Ahumada. Nací el 10 de enero del 35. Fui muy feliz en mi juventud y mi papá me quiso mucho. Nací en Lo Calbo, en la comuna de San Esteban, y ahí me crié y me casé. Hice la primera comunión y me confirmé. Estuve cuarenta y tantos años casada. Cuando éramos jóvenes vivíamos cerquita con Sergio. Después que él trabajaba iba pa' donde yo trabajaba a verme y mi papi, ¡qué se enojaba cuando lo veía pasar! Diecisiete años tenía cuando empezamos a pololear. Pololeamos muy poco. A los diecinueve tuve a la Aydee. Tuve doce hijos. Los nietos no sé cuántos son, ayúdame a contarlos.

—Doce hijos, veintiocho nietos y dieciocho bisnietos. Casi sesenta en total.

En mi familia fuimos siete y fui la mayor. Éramos cuatro mujeres y tres hombres —se sacude el vestido—. Era muy triste lo que pasaba, era muy cruel mi papá. Mi mami no hacía nada siquiera, era muy paciente, muy querendona, niño que veía a todos los quería por igual. Venía gente de Valparaíso a jugar a la pelota. Ella se preocupaba de todas las que traían niños y las llamaba pa' darles tecito. Por eso mi mami, *yo le pido a Dios que me traiga la muerte de un viaje, no sufrir* y así fue po'. Murió en mi casa de un ataque. Iba a almorzar Sergio y estaba al lado, ella dijo, *me duele el pecho* y Sergio la tomó. La llevamos al hospital y allá falleció, así que no sufrió.

Yo trabajé mucho en mi vida. Tuvimos tantos hijos y a Sergio no le alcanzaba, así que yo tenía que trabajar con él en el campo, por eso ahora soy enferma de los huesos y él murió por lo mismo. Cuando se trabajaba con insecticida y esas cosas que le echaban a todos los árboles, uno tenía que trabajar igual. Un tiempo estuvimos viviendo con la familia de él y fueron muy malos conmigo. Si yo decía algo, se iban todos contra mí. Se enojó su madre cuando nació la Aydee porque era mujer. Después tuve a la Nana e igual. Ya tenía como quince días cuando nos fuimos a una casa en Rinconada. Ahí nació el Checho. Nació en la casa porque Sergio trabajaba pa'l lado del santuario y yo tenía que ir a llevarle almuerzo y ayudarle en el trabajo. Esa vez le dije que no me sentía bien, que me iba a ir y no me dejaba ni irme en micro, tenía que irme a pie. Llegué a la casa como a las 6:30 y le dije a mi mami, que también vivía allí. Me dijo, *qué hago, dónde vamos a llamar por teléfono que venga la ambulancia,* porque en el campo no había teléfono. Lo único que tenía Sergio era una vitrola que daba vueltas y le ponían un disco grande. Eso no más era pa' escuchar música. Mi mami fue a buscar a la mamá de Sergio y ella recibió al Checho. Ahí estaba contenta porque era hombre, pero nunca quiso a los chiquillos míos. No importa porque yo tampoco la quise a ella. Después trabajé de emplea'. Tuve buenos patrones, al menos la señora Eugenia con el Gabriel Bianchini, que es el marido de ella. Muy buen patrón, hasta el último que cuando me ve, me dice, *porqué Elvira, usted no fue más a mi casa, qué es lo que le pasó con la Eugenia.* Y es que no fui no más, le respondí —acomoda sus lentes—. Y eso po', así vivo. Ahora hay que seguir. Tengo 84 años, vivo con un hijo y un bisnieto, ¿qué más puedo decir? Bueno, que fui feliz no más en mi vida, con todo este montón de hijos, nietos, bisnietos, les digo que a todos los quiero igual, igual que mi mami.

Estudié hasta cuarto básico no más. En esos años lo llamaban preparatoria. Vivíamos tan lejos del colegio. Teníamos que levantarnos temprano y teníamos que atravesar por unos caminos de puras piedras. Cuando en invierno bajaba tanta agua de la cordillera se hacían las calles como río y quedaban tremendas piedras, y nosotros

Yo trabajé mucho en mi vida. Tuvimos tantos hijos y a Sergio no le alcanzaba, así que yo tenía que trabajar con él en el campo, por eso ahora soy enferma de los huesos y él murió por lo mismo.

no andábamos por las calles, andábamos por esas piedras, porque esas piedras quedaban para toda la vida. Vivíamos en San José, que pertenecía a Santa María, e iba a la escuela de Lo Calbo y no vivíamos orilla de la calle, vivíamos en un potrero y cuando bajaba el agua, la casa quedaba al medio. Nosotros éramos niños todavía, iban otros trabajadores en caballo para sacarnos de la casa. A la Silvia, mi hermana, la pusieron en Santa María pero no estudió nada, igual que mis otros hermanos. Quedaron repitiendo y no los mandaron más. El José mío no alcanzó a llegar ni a cuarto básico, y que no quería. *Si no quiere, no lo mandí más, pa' no seguir pasando rabia,* decía Sergio, así que no lo mandamos más.

A los doce [yo] ya trabajaba en una casa allá en San Felipe, en la casa de un abogado que conocía a mi mamá y a mi papá desde chicos. Como siempre fueron de plata, se fueron a San Felipe y él siguió estudiando. Después llegó a la casa diciendo que estaba casado, tenía dos hijos y necesitaban una persona, ¡y chita! Me pusieron a mí, me hicieron hacer de todo. El papá de él tenía un restaurant y había una ventana por donde se pasaba todo lo que se ensuciaba del restaurant, y yo tenía que lavar todo eso. Era tremendo, no como los lavaplatos que hay ahora, era una cosa de cemento. Yo tenía que levantarme a las seis de la mañana a lavar loza, las llaves escarchadas en invierno. Un día me retó el papá de mi patrón y me fui pa' mi casa. Le dije *¡me voy!* La señora Virginia, parece que se llamaba así, *no te vayai Elvira*, y yo le dije, *no, me voy, no tiene porqué retarme. Por limpiar una casa no se va a gastar una escoba*. Me retaron mis papás, pero no fui más. Fue más jodio', era muy difícil la vida. Menos mal que las chiquillas todas estudiaron y no tuvieron que pasar por todo eso que me tocó pasar a mí.

A veces se pasaba mal y a veces se pasaba contento. Trabajé tanto en el campo con Sergio. Nos cambiamos varias veces de casa, pero siempre con el mismo patrón de Sergio.

Fue malo el viejo, no le reconoció nunca los años de trabajo. Luego no fui más al campo y me fui a trabajar donde ese caballero, el Bianchini, y eso fue lo último que trabajé. Ahí tenía más de sesenta años. ¡Y no tuve ni un peso para mi jubilación! Porque para todo nos sacaban plata: para pagar seguro que se llamaban en esos años, el patrón le sacaba la plata al trabajador y después salía cero. Me enfermé de la columna y una asistente social me dijo, *hay que hacer los trámites para jubilar.* Fui a la caja, que ahora ni existe, y se perdió la libreta del seguro. A la libreta le ponían estampillas y se había perdido la de Sergio. Él trabajó más de cincuenta años con el mismo patrón y perdió todo. Con esa miseria pago la luz, el agua y compro el gas. Todo lo demás se hace cargo el Tito. Así que esa es mi vida po'.

Cuando vivíamos en San Rafael la sufrí harto porque quedaba re lejos. Tenía que venir acá a Los Andes, al consultorio. Me bajaba en la noche con los chiquillos. Estaba tan oscuro que no se veía nada porque no había luz eléctrica. El Checho y la Julia se tomaban de mi lado, cada uno de una pierna mía y yo con el otro en brazos. Pero aún así a casi nadie le pedí que me ayudara pa' cuidarlos, ya cuando estaban grandes las chiquillas se iban pa' donde mi mami.

—Mira la foto de ella con mi abuelo.

A Sergio lo hicieron leso. Como no sabía leer, la cosa del AFP llegaron a la casa pa' que se cambiara y no le dije, *sigue en la que estai no más, si no después te van hacer leso*, y la galla decía que le iban a devolver la plata y fuimos. Nos dieron 300.000 pesos y nos dijeron que fuéramos en dos meses más. Fuimos y no había na'. Entonces yo fui a la casa de la galla porque vivía en el mismo pasaje y se había ido. Después me enteré que se fue hace meses a Estados Unidos y que hizo lesa a cualquier gente. Entonces Sergio ahí firmó y perdió plata. Él decía que era culpa mía cuando fue él a quien hicieron leso.

—Me dice que le gustaba ir a Chuquicamata.

La pasaba bien cuando iba. Ahí la Nana me preguntaba, *mami ¿cuándo va a venir? Siga armando plata y venga cuando pueda*, y partía pa' allá. Cuando iba con tu abuelo costaba pa' sacarlo. Se enojaba. En el baño se encerraba y después me insultaba. Una vez se enfermó. No quería tomarse los remedios, iba a echarlos todos al baño. ¡Ah! Dio más tanda, *por culpa tuya me vine a enfermar, que no quería venir*, me decía. Después las chiquillas me decían, *y el papi ¿por qué no vino?* Si él no quería ir, cómo lo iba a obligar. Luego vieron cómo se portaba y no insistieron más. Él quería pasar puro trabajando. Estaba hospitalizado, ya en las últimas y quería levantarse para ir a trabajar. Este otro mes cumple 13 años de fallecido.

—Me habla de los nietos.

De haber tenido tantos hijos y de haber mirado tantos nietos. Lloraba uno y después lloraba el otro —se ríe—. Pero con los primeros no más, porque después la Aydee estaba grande. Como quería al José, como si fuera de ella. Sergio no me permitió nunca que me hicieran tratamiento.

Cuando nos cambiamos pa' acá ya cambiaron las cosas. Estábamos bien, allá donde vivimos. Sergio no se quería venir, tuvieron que echarlo —me sirve té y se sienta. Mira la foto de Pablo—. El Pablo era como hijo mío. Esta desgraciá, si yo fuera bruja no sé que le haría. Nadie fue a la audiencia para saber el juicio de la maldita que lo mató, a los dos le interesa la pura plata. No crió a ninguno de sus cabros, a ninguno de los tres. Todos pasamos por cosas, Sergio tomaba toda la semana y yo peleaba y peleaba con él hasta que se le quitó. Esta desgraciá no. Esperaba al Alberto para llevarlo a una picá a tomar quizás que cosas. Me llegué a enterar que le daba unos remedios al Pablo para que durmiera toda la noche y lo encerraba en la pieza. Ahí fue cuando decidí llevármelo. Un día llegó ella con carabineros con que yo me había raptado al Pablo y menos mal que estaba el Checho. En eso que lo vio dijo, *ay no, no, si yo se lo pasé a la señora. Entonces pa' qué nos hiciste venir pa acá,* dijo el carabinero. Así era de buena y pa' qué decir de la Vicky, la pobre pasó en puro internado. Cuando la quería ir a ver, la desgraciá le decía que no saliera. Y el fin que tuvo el pobre Pablo, al irse para allá. Dicen que vivía allí mismo donde ella, ¿cómo no iba a sentir que al frente lo mataron?

—Mira el reloj y se levanta para ir a la cocina a preparar el almuerzo. Pela papas.

Sufrí harto con Sergio. En esos años le gustaba harto tomar. Se iba el día sábado y volvía el lunes. Llegaba en la mañana apuradito. Yo no le dejaba ni almuerzo y se enojaba pue', me levantaba a garabatos —deja las papas a un lado, se acerca a mí y dice en voz baja—: los chiquillos ya estaban grandes y él todavía me pegaba. Una vez le pegó a una de mis chiquillas…

—Toma un largo respiro y continúa.

Le pegó con una pala, le dejó caer la pala en la cabeza. Si incluso se enojaba porque los chiquillos jugaban en la calle y en esos tiempos ni pasaban autos. Llegaba él y empezaba a gritar que dónde estaban los chiquillos y al tiro le pegaba a mi cabro, al primero que encontraba. Fuimos bien castigaditas de Sergio. En las últimas, cuando estaba en el hospital, todavía me insultaba. Me retaba por la hora que llegaba, y yo llegaba antes de las ocho al hospital.

—Comienza a pelar el zapallo.

En esos tiempos a casi a ninguno de los chiquillos le celebramos el cumpleaños. Les servía un buen plato de cazuela no más. Recién a los nietos vinimos a celebrarlos.

—Sonríe mientras lava el zapallo. Luego echa las papas y el zapallo a una olla con agua.

Al David también lo crié yo. Tenía cuatro años apenas cuando la Marisol se quitó la vida. Pero el David de guagua tiraba pa'l lado mío. Yo lo iba a ver a Santiago. Se estiraba conmigo, me hacía cariño y ahora tan ingrato que es conmigo. Ahora ni me llama, ni una cosa. A todos los cuidé por un tiempo. A ti también.

Fran Feuerhake

Dormitorio de niña

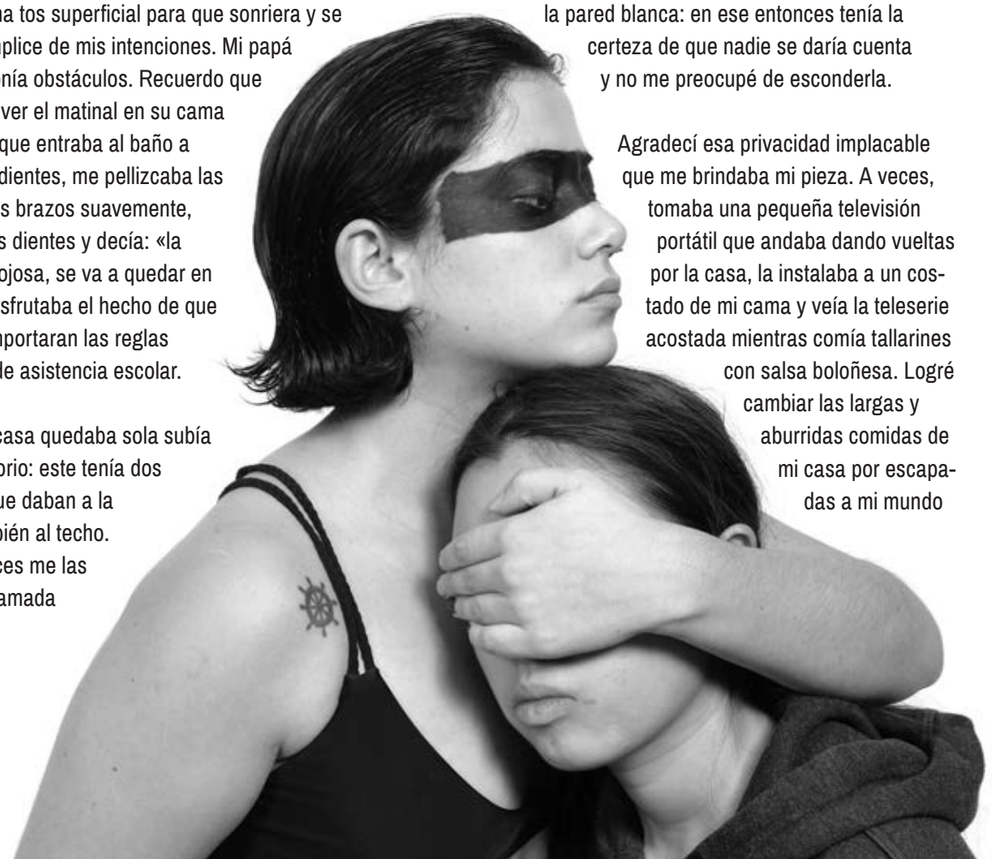
¿Qué hace que seamos propensos a irnos y encerrarnos herméticamente hasta el punto de no oír? Pienso que nuestro carácter se va forjando en esos silencios, que son como un horno en donde se quema y endurece la greda de las experiencias. Experiencias que son maleables, totalmente moldeables, y que dependen de quien las amase: mientras más tiempo pasamos ensimismados de niños, más dura queda la greda después del horno.

En mis primeros años de colegio, mi mamá no tenía problemas con dejarme faltar a clases. Era cosa de exagerar una tos superficial para que sonriera y se hiciese cómplice de mis intenciones. Mi papá tampoco ponía obstáculos. Recuerdo que me ponía a ver el matinal en su cama y, luego de que entraba al baño a lavarse los dientes, me pellizcaba las mejillas y los brazos suavemente, apretaba los dientes y decía: «la flojosa, la flojosa, se va a quedar en la casa». Disfrutaba el hecho de que a él no le importaran las reglas arbitrarias de asistencia escolar.

Cuando la casa quedaba sola subía a mi dormitorio: este tenía dos ventanas que daban a la calle y también al techo. Muchas veces me las pasé encaramada con las rodillas bien pegadas a mi pecho plano, agarrándome con los pies a las tejas, como si fueran las garras de un animal nacido para aferrarse a cualquier tipo de suelo. Por esas ventanas veía pasar al organillero y a don Gustavo, el conserje del edificio del frente.

Un día prendí una chimenea para que la casa de las barbies se calentara, y casi provoco un incendio fatal. Nadie se enteró en el momento, el segundo piso era mi reino privado. Apagué el fuego con un zapato de goma y una de las frazadas, la cual estuvo a punto de prenderse. Luego me senté con las piernas cruzadas en la alfombra azul que forraba el suelo de muro a muro, y miré la huella negra de humo que había quedado en la pared blanca: en ese entonces tenía la certeza de que nadie se daría cuenta y no me preocupé de esconderla.

Agradecí esa privacidad implacable que me brindaba mi pieza. A veces, tomaba una pequeña televisión portátil que andaba dando vueltas por la casa, la instalaba a un costado de mi cama y veía la teleserie acostada mientras comía tallarines con salsa boloñesa. Logré cambiar las largas y aburridas comidas de mi casa por escapadas a mi mundo



Mis hijos, pequeños aún, se me cuelgan al cuerpo con todo su peso, y me exigen una presencia absoluta y constante para ellos. Esa misma presencia en la que yo necesito ahogarme para luego salir.

en ese departamento de soltera ficticio: vivía un simulacro de mi vida propia. Ahí en la cama, viendo *Sucupira*, no tenía que hacer esfuerzos para entender lo que los más grandes decían. Tampoco tenía que aguantar las preguntas de mis hermanos: «¿Cómo le fue hoy a la mocosa? ¿Estuvo todo el día flojeando?» Esos comentarios me enfurecían porque yo no sabía cómo responder algo así.

Todavía adoro estar sola, porque la soledad es necesaria, pero evidentemente no todos los momentos de soledad son ideales. Mi dormitorio de la infancia quedó perdido en el pasado. Mis hijos, pequeños aún, se me cuelgan al cuerpo con todo su peso, y me exigen una presencia absoluta y constante para ellos. Esa misma presencia en la que yo necesito ahogarme para luego salir. En los momentos de soledad más profunda, logro hundirme tanto en mí misma que la única manera de recobrarme es mirando a otra persona. El mayor, de ocho años, es suspicaz y se da cuenta de cuando caigo al abismo.

Pienso en que yo también advertía cuando mi mamá se perdía en esa pausa, en ese hoyo negro de lo propio. A mí no me gustaba. Fruncía el ceño levemente, cerraba la boca por completo y sus ojos verdes se quedaban en pana. A veces le ocurría leyendo o buscando algo, otras veces no era solamente un trance. Se metía tan al fondo de sí misma que no oía mi voz. «Mamá, mamá, mamá, mamá» y nada. No escuchaba. Con el tiempo aprendí a detectar sus ensimismamientos guardando distancia: adopta una manera singular de moverse; la posee un aire particular, un campo de fuerza invisible que ahora sí puedo entender. Hace uno o dos años, he empezado a notar que mi hijo también es víctima de lo mismo.

Esos momentos en que nos quedamos mirando a lontananza los imagino como espacios de fijación de información, momentos claves en que la mente trata de procesar y solidificar, en pequeños códigos, todo lo que ha pasado por los sentidos. Es un arma de doble filo: las horas que pasé jugando y retrayéndome en mi dormitorio fueron cristalizando una gran cantidad de certezas y resoluciones personales que ciertamente me ha costado cambiar a lo largo de los años.

A pesar de todo, esas horas que pasé sola son mi patrimonio más entrañable: son la fuente de todo lo que hago, lo que escribo y lo que pinto. Hoy agradezco que mi mamá me haya permitido quedarme en casa en vez de ir al colegio. Sé que quizá no sea un buen consejo para darle a cualquier papá, pero creo que hay ciertos niños que definitivamente necesitan momentos de intimidad en un espacio propio. Creo que, si bien una gran parte de los niños de Chile les conviene ir al colegio para alejarse por unas horas de sus hogares abusivos, debería normalizarse el derecho de los niños a no estar colapsados de reuniones familiares o actividades extra-programáticas, ni a ser obligados a permanecer en espacios que no quieren. Como mamá, me causa ansiedad ver en esas situaciones el ensimismamiento de mi madre en mis propios hijos. A veces nos cuesta admitir que los hijos son individuos con fantasías y deseos totalmente fuera de nuestro alcance. Nos cuesta admitir sus rasgos antisociales, su timidez incomprensible: pienso, por ejemplo, en aquellas vergüenzas que los asaltan cuando se ven enfrentados a grupos de extraños, a otros clanes distintos de los que conocen.

Gran parte de los jóvenes no son reyes en ningún lado. Van a un colegio a acatar normas externas y a competir constantemente con sus pares y luego de pasar 9 horas ahí, vuelven a sus casas, otro reino ajeno, en donde deben cumplir reglas y expectativas externas nuevamente. Si lo pensamos así, la rebeldía en la adolescencia queda explicada al instante. Pero, yo sé que no es así como tienen que ser necesariamente las cosas.

Valeria Córdova

Vivir a través de las etiquetas

Desde antes de nacer se decidió quién debía ser. Mis padres escogieron mi segundo nombre, Paz, porque esa era y, en cierta manera sigue siendo, mi función. Traer paz a mi familia.

Supongo que desde el inicio mi hermana y yo estábamos destinadas a nuestros papeles: la buena y la mala.

Nunca me mandé cagazos. En realidad nunca tuve la oportunidad de mandármelos. Mi hermana estaba tan determinada a llevar a cabo su papel de hija rebelde que hizo todas las cosas que se suponía que no debíamos hacer, así que aprendía la lección a través de ella. Con esto conseguí que ante los demás La Vale fuese perfecta. La Vale nunca cometía errores, nunca decía que no, era la eterna mejor compañera, la hija que todos querían y siempre estaba alegre.

En un principio todo esto me hacía sentir halagada. Me hacía sentir bien y útil, pero poco a poco se convirtió en una carga. Una maldición. Sin darme cuenta la gente empezó a darme crédito por cosas que no había hecho y se crearon expectativas que yo no quería cumplir, que no podía cumplir, pero que debía, porque era La Vale y La Vale nunca decepciona, nunca reclama, nunca causa problemas.

Era demasiado tarde cuando fui consciente de que La Vale era mucho más que una máscara, era un personaje y estaba viviendo a través de ella. Y fue aún más tarde cuando me di cuenta que se había convertido en una debilidad. Una desventaja. La primera persona que abusó de mí me dijo:

Era demasiado tarde cuando fui consciente que La Vale era mucho más que una máscara, era un personaje y estaba viviendo a través de ella.

«Deberías estar agradecida de que fui yo y te tengo cariño. Otra persona hubiera sido mucho peor, eres demasiado básica y manipulable.» A pesar de esto, La Vale se quedó callada y siguió sonriendo.

Ella nunca era una carga así que, incluso cuando ocurrieron episodios parecidos, no habló jamás. Incluso cuando se volvió peor, no perdió su buen ánimo y fue el pilar de su familia, como su mamá afirmaba que era. Compensaba por los errores de su hermana, como decía su tía que tenía que hacer. Y actuaba como una niña, tal como su padre quería que fuera.

Pero La Vale no existe y ya no siento deseos de seguir siendo ella. El problema es que no sé cómo no ser ella. Tampoco sé cómo ser «yo». Mucho menos quererme. Irónicamente, la primera cosa que pensó mi inconsciente para que yo pudiera quererme fue dejar de comer. Porque la belleza de la mujer se reduce a ser flaca. Toda la vida se nos insinuó que debíamos cumplir con los estereotipos de belleza. Que debíamos ser de cierta manera y que hay cierta ropa que podemos y no podemos ocupar dependiendo de nuestro físico.

Ahora, cuando estoy intentando crear mi propia identidad, no puedo evitar caer otra vez en una nueva etiqueta. Tan tóxica como las anteriores e igual de consciente como antes, pero cambiar de hábitos es difícil.

Supongo que con tiempo, esfuerzo y dedicación podría forjar mi propia identidad no como una antítesis de La Vale, no como una oposición a ella, sino que «yo» real en base a lo que siento y pienso.

CARTAS DESDE PAVÍA

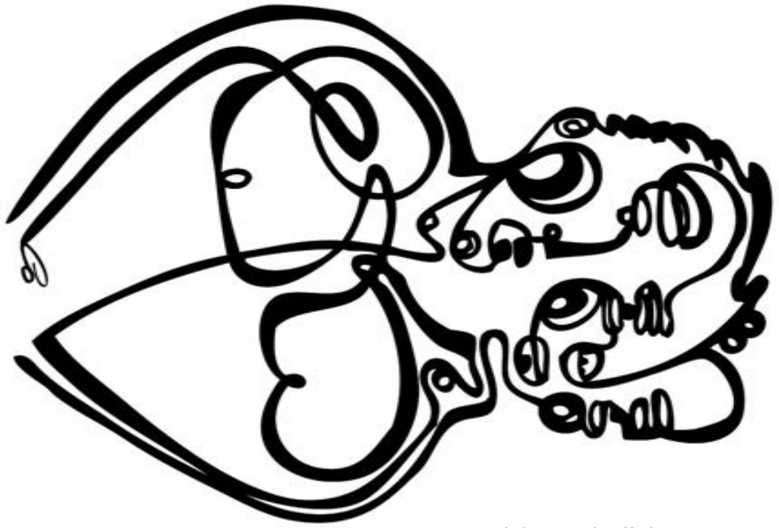
Raúl Zurita

III

DE ÉSE QUE CONTINÚA MIRÁNDOTE DESDE LA
ANTIGUA FOTOGRAFÍA ENCONTRADA, APENAS
QUIZÁS UN GESTO Y LA FIEBRE, APENAS UNA
MANO -ESA QUE TOMÓ LA TUYA- ASOMÁNDOSE
UN SEGUNDO EN EL TEMBLOR DE SUS MANOS.
DE ÉSE ESTOS ESCOMBROS QUE SE DESMORONAN
SIEMPRE, QUE CAEN SIEMPRE. DE ESE TAL VEZ
SUS PÓMULOS Y LA MARCA DE UN DIOS MENOR
QUE SIGUE QUEMANDO SU MEJILLA. DE ESE
QUIZÁS SOLO ESA RUTA LLOROSA Y PERDIDA
QUE TOMÓ EL CAMINO HACIA TUS BRAZOS.

DE TI LA GLORIA DEL PRIMER DÍA CLAVADO
PARA SIEMPRE, EL FULGOR DE TUS OJOS AZULES
MIRANDO AFUERA LA INTEMPERIE NEVADA DE
LAS MONTAÑAS. DE TI LA ESCARCHADA
MAÑANA EN QUE BABEANTES ANTE TU BELLEZA
LAS FIERAS SANGUINARIAS NO SABÍAN SI
AMARTE O MORDERTE. DE TI LA FIDELIDAD
IMPRESCRIPTIBLE DE UN DÍA QUE CAE, DE UN
CIELO Y DE UN MAR QUE CAEN, DE UN HOMBRE
DE ESPALDAS ESTRECHAS QUE CAE Y QUE
SUELTA TU MANO DE LA SUYA PARA QUE TÚ
NO TE CAIGAS, PARA QUE NO SE DERRUMBE LA
INVALIDEZ DE MI NOCHE SOBRE TUS ESTRELLAS.

Por petición del autor, el texto no fue editado.



Nosotros

Sophie Scholz

Descubrirme en los límites
de la piel y la piel
respirar el mismo aire
ser el mismo ser.

Resonarte entre los ecos
de los poros de tus huesos.
Escuchar las
melodías
que deja en ti
mi saliva.

Brillar en el reflejo
de tus ojos
de mi espejo.
La punta de mis dedos
acaricia
inmensidad.

Existe un «tú»
y el «yo»
es el «otro»
hay frontera en
la identidad.

Juntos
nuestros nervios
comienzan a vibrar

Que de la carne restringida
de la materia descuartizada
se caiga todo el mito
se abrace bien la nada.

Que sucumban por su peso
el nombre y la fachada.

En «nosotros» no hay mentira
en nosotros
no hay palabra. Descubrirme
en los límites
de la piel y la piel
respirar el mismo aire
ser el mismo ser.

Resonarte entre los ecos
de los poros de tus huesos.
Escuchar las
melodías
que deja en ti
mi saliva.

Brillar en el reflejo
de tus ojos
de mi espejo.
La punta de mis dedos
acaricia
inmensidad.

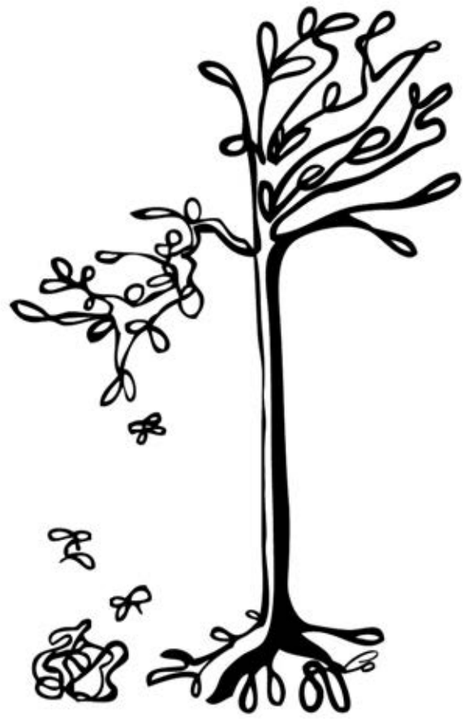
Existe un «tú»
y el «yo»
es el «otro»
hay frontera en
la identidad.

Juntos
nuestros nervios
comienzan a vibrar

Que de la carne restringida
de la materia descuartizada
se caiga todo el mito
se abrace bien la nada.

Que sucumban por su peso
el nombre y la fachada.

En «nosotros» no hay mentira
en nosotros
no hay palabra.



Apatía

Francisca Lyon

Tú y yo
Ramas de un mismo árbol
Que no se miran ni se tocan
Y juntas creamos flores y hojas
En inviernos fríos

Nacen Abren Secan Caen

Pero al estar más alto
Nunca me miras ni me tocas
Acaso nadie puede quedarse aquí
En lo quieto
Entre un millar de árboles

Semillas
Cortezas
Microrisas

Entre un puñado de tierra seca
Aspirante de lluvia

Solo pido que me mires
O me toques
Solo pido no mutiles
O me dejes un espacio

the observer effect

Danae Valenzuela

to be meant to be unthinking.
to think about how to be was unthinkable:
breath, and mouth wet
the ache of budding breasts
the sting of salt on a cut
the longing to be half-bad,
this a wildness that didn't mean malice,

but ignorance. to drink water from the womb.
to swim and smell the chlorine, and feel

the sun rise and sun set
with no sorrow.
the longing to be rescued, to be completed,
those came after, as the mother only becomes mother
when the seed becomes the child.
awful to be meat and teeth.
awful to think about homes,

to watch cathedrals burning—
to know loss.

awful to feel the press of body on body
a heat that comes from within, not without
when in the dark, the gleam of electric light
on the mirror made it ripple like water.
awful to know the delight of snapping

bones between your teeth.
if you want to look away from the self
it is permissible to feed it. to name it.
named things are dead

named things are a bird in hand,
a thousand flying away.

l'effet observateur

être est fait pour ne pas être pensé.
penser en comment être était impensable:
souffle, et la bouche humide
le douleur de la poitrine naissant
le douleur du sel sur une plaie
l'envie de être moitié mouvais,
une sauvagerie que veut pas dire malice,

mais ignorance. boire de l'eau du ventre.
nager et sentir le chlore, et sentir

l'aube autant que le coucher du soleil
sans souffrir.
l' envie d'être sauvé, d'être complet,
ceci est venu plus tard, juste comme
une maman seulement sera mère
quand le graine se transforme en enfant.
quelle horreur être viande et dents.
quelle horreur de penser aux foyers,

de regarder la cathédral qui brûle,
connaître la défaite.

horrible c'est sentir la pression du corps sur corps
une chaleur que vient de l'intérieur , pas au-dehors
quand à l'obscurité, le lueur de la lumière électrique
dans le miroir le fait vibrer comme de l'eau.
horrible de connaître le plaisir de briser des os
entre tes dents.

si tu ne veux regarde loin l'être
c'est permit du nourrir. le nommer.
les choses nommées sont morts

les choses nommés des oiseaux en main,
et cent en train de voler.

el efecto del observador

ser significa no pensar.
pensar sobre cómo ser era impensable:
aliento, y la boca húmeda
el dolor de los pechos que nacen
el aguijón de la sal sobre la herida
el deseo de ser mitad maldad
una naturaleza que no quiere decir malicia,

sino ignorancia. beber agua del útero.
nadar y oler el cloro, y poder sentir

tanto el alba como el ocaso
sin sufrir.
el deseo de ser rescatada, de estar completa,
eso vino después, tal y como una
madre solo llegar a ser madre
cuando la semilla se transforma en infante.
que horrible ser carne y dientes.
que horrible es pensar en hogares,

ver las catedrales ardiendo,
conocer la pérdida.

horrible es sentir el peso de un cuerpo sobre el otro
un calor que viene desde adentro, no desde afuera
cuando en la oscuridad, el resplandor de luz eléctrica
en el espejo lo hace vibrar como si fuese agua.
horrible conocer el placer de quebrar

huesos entre tus dientes.
si tú no quieres mirar al yo
también es correcto alimentarlo. nombrarlo.
las cosas con nombre están muertas

las cosas con nombre son un pájaro en mano,
cientos volando.

Traducción francés y español: Matthías Molina

La Lengua

Ernesto Estoner

su escoba recorre avenidas
el luto esconde las manchas

sacude sus canas haitianas
con baba y sudor capital

artritis que quiebra muñecas
de rabia cultiva acidez

la noche, su cama cochina
tendida se echa a perder

su lengua que cae vencida
no sirve, aquí, para hablar

Gabriela Alburquenque

Humor, testimonio y verdad:
Entrevista con Paloma Salas

La única diferencia entre el stand-up y el humorismo es la subjetividad. El punto de vista es lo obligatorio. El humorismo es medieval y el stand up es renacentista. El punto de vista es lo que importa.
Paloma Salas.

Comedy Bar, 2019. Es lunes, tenemos una cita con Paloma Salas (33), comediante de *stand-up* que, como cada lunes desde hace tres años, se presenta en el mismo sitio. Es uno de los rostros conocidos de la escena under del *stand-up*. Under no porque el *stand-up* sea un ejercicio oculto, sino que, como ella misma nos cuenta, se mantiene *under* para el género femenino. Pues más allá de existir como voz femenina del humor en Chile, Paloma reconoce su lugar de manera crítica, sin caer nunca en la seriedad que arruinaría por completo su visión de vida. El diálogo que mantenemos, que cruza testimonio, verdad y humor, vislumbra pilares fundamentales del *stand-up*, de la búsqueda constante de la voz propia y del lugar que asume el yo en la puesta en común de la subjetividad.

El oficio del humor en tiempos del yo:

Pasó con mi generación mágicamente que el *stand-up* se puso de moda, que la Camila Gutierrez existió y no sé a quién podría poner en el cine y en la música, pero estoy segura de que también existe... Bueno, la Camila funciona en los dos planos. Somos una generación súper autorreferente y de todas maneras tiene que ver con internet. No somos la generación nativa digital, sino que descubrimos cómo contar nuestra historia a través de redes sociales que ni siquiera eran redes sociales todavía. Desde muy chicos se nos presentó la obligación de vendernos como algo bacán. Y los idiotas descubrieron cómo poner su sobrenombre en *msn* con otra tipografía. Desde eso somos una generación de mierda del «mi historia es importante». Somos igual una generación en la que la ficción está un poco muerta. No entiendo bien porqué, seguramente alguien de la generación de ustedes o más chico va a entenderlo (espero que no sea yo en cinco años más sacando un *paper* mula). Por el lado de la comedia, estrictamente, pasa que internet aceleró la creación de chistes. Entonces: si yo quisiera hacer comedia observacional como *Seinfeld,* «estaba en la fila del banco y la persona de adelante hablaba súper fuerte... ¿por qué hablan tan fuerte en público?». Esa weá, el 95 era como wuajaja, es chistoso porque es verdad, siempre me pasa. Esa conexión con el público de decir algo idiota que ni siquiera necesitaba de un remate, porque era decir algo de lo que no se hablara en las películas, noticias o novelas, porque era demasiado cotidiano e idiota, era suficiente para conectar. Pero ahora te metes a *twitter* y pones fila del banco y van a salir no cinco, ochenta mil quinientos chistes mejores y con apoyo gráfico, memes, vídeos, todo. Siento que los comediantes están enfrentados a esa verdad: no vas a escribir chistes mejor que internet, nunca vas a escribir chistes ni tan bien ni tan rápido como internet. En verdad de lo único que puedes hablar es de ti, o así me sucede a mí. A menos que... hay weones como el Cano Saavedra que para mí su comedia es poesía: es muy matemático, de verdad es como un weón que siento que cuenta sílabas. Onda, poemas en hexámetro yámbico... Y bueno, él verá cómo muestra quién es a través de esas weás más raras y especiales, porque es muy difícil encontrar a alguien que hace esa pega, pero en mi caso es como: por un lado la flojera, la flojera de la imposibilidad de ser la *Seinfeld* nueva, y por otro lado las vivencias de una igual son chistosas. Si estás obligado a buscarle el lado chistoso a las weás: la infancia es pal pico, la adolescencia es pal pico, tratar de ser adulto es pal pico.

Además en la historia de la comedia, que es muy parecida a la historia de la literatura, lo que había antes era folclore: gente que repetía historias que se sabía de memoria y el que juntaba más chistes y podía contarlos seguidos por una hora era al que le pagaban e iban a ver. En el fondo era —qué asco— como juglares. Estoy hablando todo en

No sé si moralmente está mal mentir en el escenario, pero finalmente es así como sucede, lo estoy describiendo, no juzgándolo.

términos literarios pa' que [los estudiantes de la Escuela de Literatura Creativa (ELC)] me entiendan, porque siento que son gente muy matea, que seguramente no lo son. Pero, la weá es que la modernidad de la mierda hizo que la weá sea más subjetiva, que la autoría importe, que la verdad de lo que te estoy contando importe. Y es parte de toda la cagá que quedó con *#MeToo* y que tiene que ver no solamente con que el gordo sea un hijo de puta y un chancho asqueroso, sino porque el formato o la exigencia que se le da al weón chistoso es que diga la verdad. Reírte, a diferencia de ir a ver una obra de teatro o una performance que te deja pa' dentro o bueno, todo el arte «bueno» en teoría no solamente tiene una reacción intelectual y emocional, también es físico. Estás bajando las defensas a tal punto de que estás dejando que esa persona influya en cómo respiras. «Voy a hacer ruidos por la boca», es así de imbécil. Entonces, dar esa confianza y que el weón que está hablando esté muleando es lo peor que podís hacer. No sé si moralmente está mal mentir en el escenario, pero finalmente es así como sucede, lo estoy describiendo, no juzgándolo.

Más allá del género: el humor

Creo que tengo una ventaja y es que hay muchos temas de ser mujer que no han sido explorados. Los temas de hombres los sabemos más o menos de memoria, e incluso he estado pensando mucho en esa crítica de guatón parrillero —o vieja culiá—: «ya no nos podemos reír de nada, no se puede decir nada». Yo creo que lo que esa gente no está viendo, y que también es doloroso de ver, es que fuera del machismo y de dejar de normalizar ciertas violencias que están claramente anquilosadas en un discurso que es añejo, parte de la demanda —que es la parte menos importante— es que nos aburre. Parte de porqué te estoy diciendo «oye para de hacer chistes de suegra» no es porque yo eventualmente voy a ser una suegra, o quiero mucho a mi suegra, o a las mujeres hay que respetarlas, es porque me tenís hasta acá con tus chistes culiaos. Y sí, me hago cargo como feminista del resto, pero como comediante me hago cargo de eso y es porque me obligo a mí misma a ser original y no «se han fijado los calcetines siempre se pierden». Hasta el humor observacional es algo que pa' Dino Gordillo está a mil años luz, incluso eso ya está añejo. Entonces sí, hay partes políticas, pero hay partes que ¡loco! La weá es entretenimiento y guatón culiao erís una lata.

Ahora, sobre el espacio de la mujer, sin dudas te digo: las mujeres que más llenan teatro son la Natalia Valdebenito y luego está, lamentablemente, la Paty Maldonado, Argandoña y las minas que hacen shows en casinos de *MCC*. Claro, hay mujeres que están siendo escuchadas, pero acá, en espacios reducidos donde no caben más de 150 personas. Todavía es *under*, por mucho megáfono que tenga mediático, no es tan real. Y eso sí te puedo contestar, mi género da lo mismo arriba del escenario, pero para conseguir pega y todas esas weás es una mierda. Van a preferir siempre a un hombre que lleve menos tiempo que yo y sea peor que yo, y me ha pasado toda mi vida. Y lo bacán es que ya estoy en un lugar donde son pegas que no me interesa tener: si a Olmué quieren llevar a un weón que tiene la misma edad que yo y partió al mismo tiempo que yo, me da lo mismo. No quiero ir a Olmué. Pero, si eres la comediante que quiere seguir el caminito culiao obligatorio estás cagada, es una mierda. No está ese espacio para ti.

Métodos y oficio:

De mi paso por la ELC yo creo que de todas maneras algo debe quedar. No sé en qué se apoyan los comediantes, no sé cuál es la habilidad que se forja y en qué ayuda, pero de todas formas yo igual fui a un colegio súper cuico, con clases de literatura súper exigentes, y de todas maneras me ayudó saber cómo escribir ensayos literarios desde que tengo 11 años. La escritura de ensayos, esa weá de ordenar argumentos, qué va antes y después, saber síntesis. Es la habilidad más importante que puede tener un comediante. Saber y manejar el formato a un nivel que cuando estás improvisando suenas como chiste. Es como los weones que escriben muchos *papers*. Escriben el *abstract* antes de escribir la weá y es porque ya saben cómo escribirlo. Creo que ahí hay algo. Al final esa es la parte que es deporte, que es el oficio. Darle tanto a ordenar las ideas que al final las ideas nuevas ya te salen en esa forma.

La verdad por sobre todas las cosas:

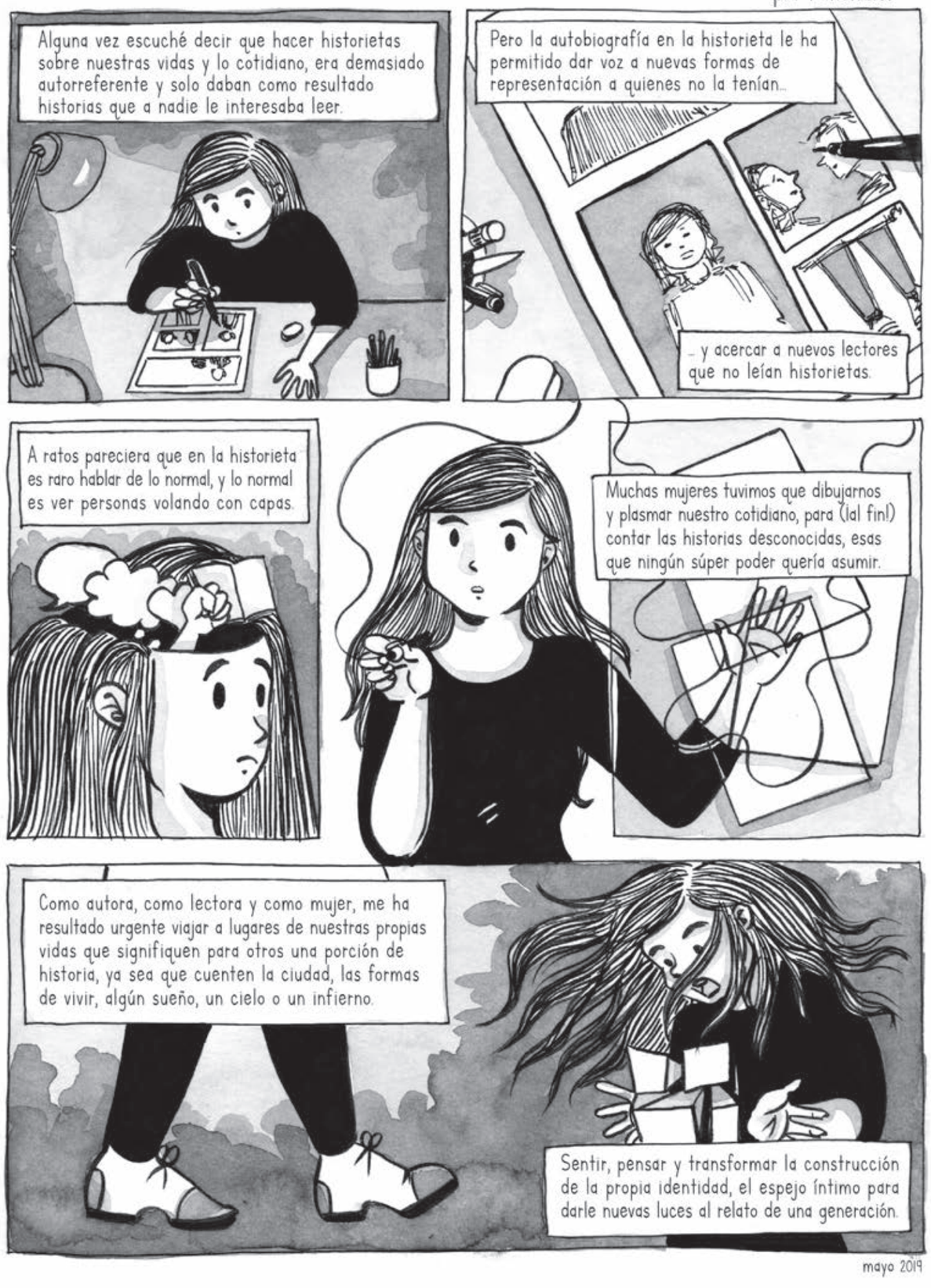
El humor negro es trampa igual. Ese chiste es trampa. Yo armé una carrera sobre esa trampa, cachai, es como «caca con sangre» y todos jajaja, pero igual es válido, nadie habla de eso. Las mujeres cagan con sangre y ya.

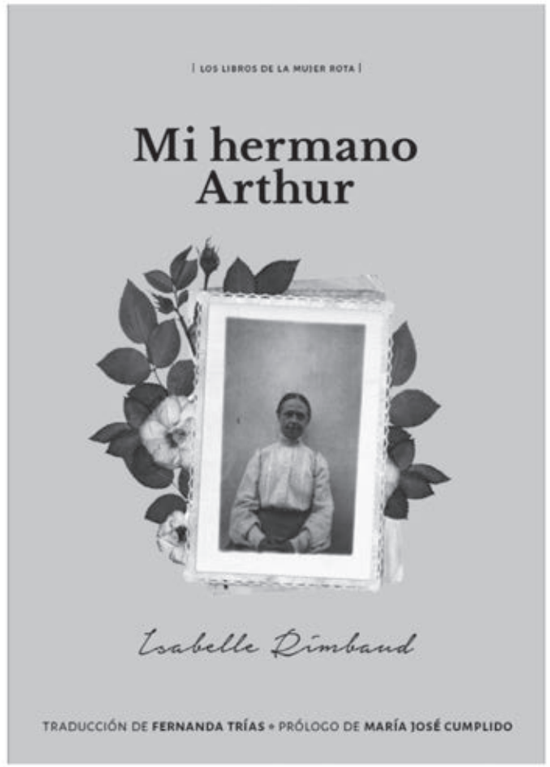
Lo intelectual en el *stand-up*, no sé. Es como reírte de un peo. Un peo va a ser chistoso siempre y me da lo mismo que encuentres que es flojo o fácil, si no disfrutas un peo y no te reís, eres un saco wea. Y puedes ser de los que apoyan a *Monty Python* o *Morandé con Compañía*, pero vas a entenderlo igual.

La comedia tiene este lado también. Cuando una encuentra algo que es chistoso, en el lugar del tabú o del chiste fácil, y te quieres morir de vergüenza, pero lo cuentas en el escenario y es como filo, soy una mierda, pero existí para poder contarlo.

Una breve reflexión en torno a las viñetas autobiográficas

por Panchulei





Un recorrido íntimo y entrañable de quien fuera la hermana del poeta Arthur Rimbaud

www.loslibrosdelamujerrota.com

Encuentra todos los libros con descuentos y envío a domicilio en nuestra web ***lapollera.cl***

LA POLLERA

Grifo

udp